

Domingo Melfi D.

El hombre y la soledad en las tierras magallánicas

II PARTE

LA LUCHA CON LA NATURALEZA

La tierra maldita



La observación de Darwin (1) no prevalece sobre la voluntad del hombre, pobre y obscuro, que desembarca en Punta Arenas, un día cualquiera del último tercio del siglo pasado, dispuesto a jugarse la vida en aquellos parajes solitarios. Es probable que ni siquiera haya oído hablar de Darwin. Muchas islas y canales de ese laberinto austral llevan nombres de exploradores y marinos extranjeros, especialmente ingleses y el que ostenta el de Darwin pertenece, sin duda, a alguno de esos capitanes de la marina que años atrás recorrieron en sus barcos los pasos y desfiladeros del Estrecho. Al hombre

(1) Ver primera parte en el N.º 177 de ATENEA.

sin letras le está permitido desconocer las páginas del sabio . . .

La tierra es maldita cuando no produce nada que pueda satisfacer la ambición de un aventurero. En la apariencia la tierra del extremo sur, no es otra cosa que una sucesión de páramos desiertos y penínsulas cubiertas de nieve y de árboles raquíticos o bosques impenetrables. Infunde una sensación de terrible desamparo. Es el término de la creación, el punto final que la naturaleza ha colocado en el planeta. Los navegantes que la exploraron hace siglos la cubrieron de mayores angustias, si cabe. Bautizaron sus regiones con nombres desolados. Buscaron las palabras más amargas y más impresionantes: Isla de la Desolación, Seno de Última Esperanza, Bahía Inútil, Puerto del Hambre, Cabo Froward, Bahía del Desengaño, etc. En cada una de esas ensenadas, islas y promontorios, no encontraron sino la soledad, el fragor de las tormentas, la crispación de una naturaleza solitaria y cejijunta. En cada sendero líquido sólo hallaron los restos de los naufragios que les habían precedido. Dramas oscuros e ignorados que nadie conocería jamás en su intimidad.

Sin embargo, la leyenda de la riqueza magallánica circulaba por todas partes. Esa región adusta, de vientos alborotados y de oleajes amplios y potentes, no podía ser únicamente la tierra estéril y maldita de Darwin. Debajo de sus turbales y légamos, entre la nieve y los bosques, en la orilla de los ríos, debía existir, en potencia, la rica fibra del oro. Desde luego

en las soledades de las roquerías aullaban los lobos, y la piel del lobo era una riqueza a la vista.

Lo único cierto y en lo cual todos estaban de acuerdo por aquel tiempo, era en que no había en el mundo un paraje más traidor que el Estrecho. Lo imprevisto acechaba siempre al navegante y los cálculos más exactos, como los conocimientos más minuciosos, eran desbaratados, en breves minutos, por la cólera de la naturaleza. Un intrincado laberinto de canales, bajos, arrecifes y revesas cuya fuerza y dirección era casi imposible notar con certeza, influenciadas como eran por las mareas, los accidentes de la tierra y atmosféricos, por los bancos movibles y por los temporales y ciclones, dificultaban y amagaban constantemente la seguridad de los navegantes. Luego las costas, altas y cubiertas por las nubes, las lluvias y la nieve, o bien bajas y veladas por la neblina que brotaba de las rompientes, hacían poco menos que imposible reconocer y fijar la posición de los barcos o encontrar la boca de las ensenadas. De improviso se descargaban sobre el Estrecho tempestades rápidas y violentas, como el rayo, que arrastraban a los navíos aunque éstos estuvieran fuertemente amarrados, lejos de los fondeaderos y los estrellaban contra las rocas.

Nada de esto sin embargo, le importa al desconocido,—desertor de goleta, lobero, pescador o comerciante en pieles y licores—que desembarca un día en la bahía de «Sandy Point». No puede, en verdad llamarse «maldita» una tierra que aun no ha sido ex-

plorada y explotada. Para asegurar que ella es estéril es necesario, antes, internarse en sus yermas planicies, cruzarla de sendas, recorrer sus cañadones, penetrar en sus bosques, remontar el curso de sus ríos o bien acercarse a las costas pobladas de lobos de dos pelos. Darwin echó una mirada certera, sin duda, sobre la región y hasta perforó con su mirada de águila, la tierra sobre la cual pisaba. Pero eso no fué suficiente. Los aventureros que avistan a Punta Arenas, desde la borda de los frágiles navíos, cincuenta años después de la visita del sabio inglés, saben que no arriban a una zona de calma, de fácil y espontánea entrega, sino a un territorio hostil y trágico, que se recoge endurecido y se niega, hurraño a entregar sus secretos. El viaje mismo les ha revelado ya a los que van en busca de riquezas, al cruzar canales y pasos sombríos, ventisqueros espantables y roquedales siniestros, que nada hay que esperar de nadie, que sólo la lucha cerrada y el sacrificio permanente, son los únicos dones de que se puede usar con largueza.

Para un aventurero la tierra de promisión está en todas partes. Siempre habrá seres que se encaminan a los sitios más distantes y más solitarios del planeta, porque allí aun queda la posibilidad de encontrar la fortuna y mientras más abandonado es un paraje, mayor seguridad existe de descubrir los filones ricos y opulentos. El que se dirige a esa tierra, conoce de antemano su destino. Si resbala no habrá nadie a su lado para sostenerlo. Si pierde la huella al internarse en la profun-

da soledad del bosque sentirá caer sobre su cabeza el silencio infinito y mortal en el cual no alumbra esperanza alguna de salvación; si sus pies resbalan en la superficie negra y lustrosa de las rocas cubiertas de musgo, azotadas por olas rabiosas, caerá sin remedio al torbellino encrespado en el cual braman los lobos y las espumas. Existe una sola fuerza capaz de salvarlo: la que brota de su propio corazón. Esa fuerza ha hecho posible la lucha del hombre contra la naturaleza y le ha dado energías para vencer en los climas más feroces y en medio de la más insoportable soledad. Sin esa fuerza las regiones del «Páramo» jamás habrían sido recorridas ni exploradas en sus ingentes riquezas auríferas. Jamás un explorador como Popper hubiera podido imponer allí su energía y su dominio, indomables, venciendo el terrible silencio y la infinita grandiosidad del paisaje. Al hombre de sólidos riñones le es preciso defenderse también del sortilegio enervante del paisaje que aplasta con su grandeza y deprime por la percepción aguda de la propia insignificancia humana. Una noche bajo las estrellas heladas de la pampa o un día entre las fragorosas tormentas que soplan como una jauría de perros rabiosos desde las angustiosas soledades del Cabo de Hornos, removiendo los pedreríos y achaparrando los arbustos más resistentes, cegando la vista y golpeando con furia en el corazón, agotan a veces la energía humana y la dejan como aletargada e inconsciente, herida por misteriosos y sutiles garfios de cansancio y de muerte.

La ciudad en formación

En la segunda mitad del siglo pasado, Punta Arenas es apenas un caserío miserable de madera, sin comercio establecido y sin industria alguna. Han pasado sobre ella dos tormentas trágicas, dos anchos regueros de sangre. Ha sido calcinada por el fuego, removida en sus cimientos, maltratada por manos alevosas, prostituída y envilecida por el odio, el estupro, la ira y el salvajismo. Paga una deuda desconocida, se hace reo de un crimen desconocido. Pero vuelve a resurgir, brota como la yerba, se levanta de sus ruinas, se endereza a medias y toma aliento. Cambiaso y los artilleros, a veinte años de distancia uno de otros, se embriagan en sus escombros, danzan como locos sobre las ruinas, beben y fusilan a las mujeres, a los niños, a los ancianos. Por las noches los campamentos se iluminan con el resplandor de las llamas de los incendios y a favor de la cárdena y sangrienta luminaria, los soldados arrastran a las mujeres, se ceban en ellas, aullan como canes y cantan canciones obscenas. Todas las pieles que hay escondidas en la ciudad y que han podido salvarse, se amontonan para el reparto. No hay ley alguna que domine, sino el instinto que la soledad desata y remueve en las entrañas de los hombres. La soledad espantable es la dueña del recinto en escombros, como antes lo fuera de la brutalidad agazapada hasta despertarla por la misma desesperación de vivir sin esperanza...

Lenta y pacientemente los loberos, los cazadores de nutrias y los buscadores de oro, los comerciantes en pieles y licores, los sobrevivientes de la furia de la soldadesca, comienzan más tarde a reconstruir la ciudad. Trazan nuevas vías, levantan sus casas de maderas, las pintan de rojo o las dejan sin bruñir. La iglesia alza de nuevo su torrecilla y la campana medio fundida por las llamas, torna a lamentarse áspera y como acongojada.

La vida se reanuda en el ritmo de la antigua faena. Se reúnen de nuevo los hombres venidos de todas partes, chilotes y extranjeros que acuden, pasado el peligro, a enfrentarse de nuevo con la existencia aventurera de la región. Más allá del río, de las Minas o de Tres Puentes, se extiende el bosque impenetrable y más allá la pampa inmensa habitada por los guanacos y los avestruces. La pequeña ciudad está toda circundada de bosques espesos y negros. El primer colono debió mover guerra tenaz al árbol que le impedía abrir el semicírculo para edificar el caserío. Al frente de la bahía alza su perfil brumoso la Tierra del Fuego, misteriosa y poblada de tribus bárbaras, onas y yaganes. De vez en cuando, cruzan por delante del puerto incipiente unas goletas de pescadores, unos navíos loberos, unos cutters de escaso tonelaje que se dirigen hacia la Isla Grande o bien en demanda de las islas del Canal de Beagle, en donde los lobos aullan enronquecidos entre el espumarajo violento de las olas, encima de las roquerías ennegrecidas por la resaca. Pasa el tiempo. La

sombria colonia penal es ahora un punto de embarque para las expediciones loberas. Salvo unas pocas construcciones más cómodas y espaciosas, la gobernación, la iglesia, la cárcel, la aduana o bien algunos almacenes y bodegas, el resto no es otra cosa que un agrupamiento de casas parecidas a las de los esquimales.

Un frío de mil demonios revienta las carnes o las endurece. El clima está hecho para resistir o para perecer. La naturaleza humana que se ha habituado a los climas tibios y a la vida fácil, nada tiene que hacer en esa región de contrastes sorprendentes. Los viajeros que desembarcan para instalarse en Punta Arenas suelen encontrar en las calles lodosas restos de tapas de lata, chimeneas torcidas, empalizadas de madera podrida. Son los desperdicios que los huracanes que soplan con violencia sobre la pequeña ciudad van dejando amontonados en las vías solitarias. No hay otro intercambio que el de pieles y licores entre los blancos y los indígenas de las pampas. En ciertas épocas del año arriban a la ciudad grupos compactos de indios vestidos con pieles de guanacos que acuden a cambiar en una feria libre sus productos de caza por harina, pan, azúcar. La pequeña ciudad se llena de músicas y de notas pintorescas. La banda de la guarnición ejecuta aires marciales mientras desfilan los bravíos habitantes de la pampa entre las hileras de curiosos.

En algunos días, al atardecer, los loberos desembarcan de las goletas sus cargamentos de pieles. Se ven en la semipenumbra del puerto unos hombres siniestros

cuyas botas les llegan más arriba de las rodillas. Traen sus envoltorios a la espalda y en las manos saquitos repletos de pepas de oro. La barba crecida les da el aspecto de seres huraños, de almas brutales y sórdidas. Pero no es más que el curtido que sobre la piel del rostro ha grabado el viento persistente de la pampa o bien el hielo que se arremolina en la orilla de los ríos auríferos. Llegan casi todos de la Tierra del Fuego o de las islas distantes del sur. Han batallado meses con las tormentas en medio de una soledad espantosa. Cargan como pueden sus fusiles y machetes, con los cuales se han defendido del peligro de los indios, y se dirigen hacia el caserío, atravesando la lonja accidentada de tierra que separa la población de la orilla embravecida del Estrecho.

Durante meses no oyeron más que el alarido de las olas o bien el silencio poblado de rumores inexplicables. Pero hay también los que han quedado sepultados en los páramos. Esos no regresarán jamás. Sus cuerpos están sentados o hundidos con los brazos en alto, tal como los sorprendió la tormenta de nieve. Otros se golpean como manojos de luche en las puntas filudas de las rocas, balanceándose con el ritmo espeso de la resaca y despedazándose poco a poco...

El lobo y sus compañeros

La leyenda creó en Punta Arenas grandezas casi inverosímiles al lado de crueles sufrimientos humanos. En la tierra despedazada, cubierta de hielos o de bru-

mas, prosperó un mundo humano de maravilla y de terror. Los hombres eran vencidos por la naturaleza o bien salían victoriosos del terrible combate. Los más oscuros se convertían en potentados y, a veces, de negocios insignificantes, establecidos en los galpones de madera que orillaban la bahía, surgían grandes casas comerciales. En cada cazador de lobos existía la posibilidad de un hombre de empresa, pues solían desaparecer durante meses del pequeño recinto edificado y regresaban al cabo de ese tiempo trayendo cargamentos de cueros que realizaban con pingües ganancias.

La arquitectura ligera y sencilla de los nuevos edificios que se construían, pintados de vivos colores contrastaba con el verde sombrío de los bosques vecinos y al mismo tiempo indicaba la naturaleza todavía temerosa de sus habitantes. Parecían ceder al instinto del tránsito. Los bosques proporcionaban la madera para las construcciones. Y no era posible edificar con materiales más sólidos las casas que habitarían los nuevos hombres de fortuna, pues no había como procurárselos. Estaba aún lejano el día en que un poderoso millonario se haría traer de Buenos Aires los ladrillos para la construcción de su palacete.

En cada hombre que arribaba a la bahía arenosa de Narbourough había siempre, en acecho, un ser cuya historia privada debía forzosamente estar tejida con la madeja de los más extraños sucesos. Punta Arenas tenía por aquellos años, último tercio del siglo pasado, una fama bastante obscura en lo que respecta

al elemento humano que acudía a realizar negocios. Se reunían allí los desertores, los vencidos de todas las ciudades del centro, los delincuentes que la justicia perseguía, los confinados por faltas graves. Cuando la sociedad de otras ciudades quería expulsar de su seno a un ser peligroso, se ponía de acuerdo con la justicia para que ésta le franqueara sin dificultades, el camino de la antigua colonia penal del Estrecho. Allí podría rehacer su vida o entregarse a la explosión secreta de sus vicios. La enorme distancia que separaba la ciudad fría, del centro del territorio o de la capital constituía una ventaja más para mantener en el olvido y, en última instancia, en la desaparición absoluta, a los seres cuya presencia era dañina para la tranquilidad social.

Todo esto era, evidentemente, exagerado. Si había algunos elementos discolos o delincuentes peligrosos que purgaban sus faltas, no podía juzgarse a todos los habitantes con la misma ligereza. La leyenda en este tono, es el ácido más corrosivo que puede caer sobre un hombre, una colectividad o un territorio entero.

Así como hay seres humanos sobre los cuales pesa la mancha imborrable de una sospecha y jamás pueden sacudirse de ella y viven una vida equívoca y lamentable, entre el índice acusador y la reticencia solapada del ambiente, existen también climas o atmósferas fraguados por leyendas de crímenes o de fatalidades. Sobre Punta Arenas, ya lo hemos dicho, pesaba la sombra de los crímenes atroces del levantamiento de Cambiaso en 1851 y la terrible ráfaga de sangre, no menos

brutal que la anterior, de la sublevación de los artilleros en 1877, durante la administración de Dublé Almeida. Al centro del país llegaban sin embargo, rumores de riquezas sorprendentes, ganadas en pocos meses. Se oía hablar de fabulosos descubrimientos de placeres auríferos y se sabía de hombres que se acostaban pobres y amanecían ricos. Todo se igualaba en el clima duro y hostil de aquellos lejanos parajes. A nadie se le preguntaba de donde venía ni cuales eran sus antecedentes de familia.

Bastaba que manifestara la voluntad de trabajar o de internarse entre las soledades de la Tierra del Fuego, para que se le tuviera por uno más entre los muchos que habían soportado inenarrables sufrimientos y penalidades.

Hacia 1880 un lobero llegó a ser un gran señor de la riqueza. Era desertor de una de las goletas norteamericanas que, periódicamente, aparecían en el estrecho para dedicarse a la caza de lobos. Esas goletas enfilaban su proa hacia Duncan Rocks, White House y August Island. La pupila del súbdito norteamericano había visto con claridad la enorme posibilidad que existía de hacerse rico en esa clase de negocios. En lugar de sacrificarse para los poderosos industriales de su país, que fletaban barcos balleneros y loberos para realizar sus grandes cacerías marítimas en las islas cercanas al Cabo de Hornos, era preferible trabajar por su cuenta. Las restricciones para la caza de lobos eran a veces bastante severas, pero los extranjeros las bur-

laban fácilmente y con un poco de cuidado era sencillo hurtar la vigilancia de los escampavías chilenos y argentinos que merodeaban en aquellos parajes. Una noche no volvió a su goleta, que debía zarpar a la mañana siguiente rumbo al Pacífico, a San Francisco de California. Escondido en una de las casas de Punta Arenas, esperó que el barco desapareciera en el horizonte. Después buscó algunos desocupados que, como él, fueran capaces de afrontar los riesgos de una empresa en las islas del sur y logró que algunos chilotos recién llegados y dos o tres fugados de la colonia penal aceptaran el negocio. Era muy sencillo. Fletarían un pequeño barco y se irían por unos cuantos meses a las roquerías más distantes del sur.

La caza del lobo no es tarea para niños. Ellos sabían muy bien a lo que se exponían. Cuatro meses permanecieron entre las tempestades y los vientos furiosos que soplan desde el Cabo de Hornos su impetuosa violencia. Padecieron hambres desesperadas. Algunos días sólo comieron la fétida carne de lobo, aceitosa y amarilla, que les llenó de repugnancia. Pero no podían ceder ni acobardarse. Las provisiones que habían llevado—porotos, charqui, té, arroz y especialmente aguardiente—estaban a punto de agotarse. Por las noches, los nativos bebían con una especie de angustia y se embriagaban para no sentir quizá el suplicio que les causaba la soledad fría y el silencio, llenos de monstruos terroríficos. Así fueron sorteando los vientos huracanados, de un paraje a otro, de una isla a

otra. Penetraron en el fondo de sombríos canales, se deslizaron a lo largo de costas montañosas que se estrechaban mostrando sus apretados bosques de hayas y robles. El viento del oeste soplabá siempre furioso y endemoniado. A medida que se acercaban al Pacífico, sentían el balanceo profundo de la embarcación, tal como si una mano gigantesca moviera en lo hondo del agua el pesado oleaje. Las riberas se mostraban cada vez más desoladas y tristes. Reinaba en todo el contorno el hosco e inmutable silencio. Cuando los sorprendía la noche se refugiaban, tiritando de frío, en alguna escoriadura de la costa, pequeña ensenada abrigada, y ahí se estrechaban unos contra otros, bajo una lona, para defenderse del viento helado que bramaba con un ronco y lamentable alarido. Por fin estuvieron en medio de los peñascos negros que las mareas de la mar libre azotaban con extraordinaria violencia. El bramido de los lobos resonaba por encima del jadeo incansable de las olas, y su número era tan considerable que se prometían una caza como nunca la hubieran soñado. Los cazadores de lobos saben que a veces la manada se lanza rabiosa contra sus enemigos, y es tal la fuerza de su embestida que una vacilación o debilidad cualquiera en el cazador basta para ser arrastrado por los acantilados hasta el fondo del mar.

Ese día los seis hombres se batieron con salvaje ferocidad contra los animales que erguían sus cabezas, aullando con ira a cada golpe de maza que les descargaban sobre los ojos y el hocico. En medio del movable y

lustroso hacinamiento de cuerpos oscuros, aquellos hombres levantaban y dejaban caer, incansables, las pesadas mazas de madera. El estruendo de las olas se mezclaba al grito de los hombres y al mugido áspero e irritado de las bestias. Quedaron al fin sobre la lisa superficie de la isla, negra y roja a un tiempo, por la humedad y las estrías de sangre que se escurría por entre las grietas, centenares de lobos muertos. Esta misma escena se repitió cada cierto tiempo en distintas islas.

Regresaron al fin con un gran cargamento de pieles. ¿Cuántas? Miles de miles. Se habían batido de cara a la muerte cien veces. Cien veces alguno de los hombres, por turno, estuvo a punto de caer al torbellino encrespado, del cual jamás se torna a salir. Pero nada importaba a esos hombres endurecidos por el clima y la tormenta el peligro en que podían verse envueltos. Lo único que sabían era que llevarían, en las estrechas bodegas del barco, una cifra fantástica para sus ambiciones. Así fué en efecto. Una vez en Punta Arenas hicieron el reparto, y a cada cual le tocó su provisión de cueros. Bebieron más tarde en los figones y se refocilaron con las mujeres que habían acudido de todas partes, como los cazadores, a ganarse la vida.

Pero el desertor, hombre al fin precavido, no bebió ni jugó como los nativos. Guardó sus pesos y en cuanto pudo compró una pequeña casa comercial. Estaba allí la base de su fortuna, el comienzo de la lucha sin cuartel de la cual sólo beneficios extraería. La piel curtida de su rostro y la mirada acerada de sus pupi-

las azules, decían bien a las claras cuán firme era su voluntad de triunfo. Fué la suya la primera de las casas comerciales que en Punta Arenas se dedicaron al negocio de pieles en grande escala. Este desertor de una goleta y cazador de lobos, se convirtió andando el tiempo en proveedor. No volvió a las islas sino de tarde en tarde, cuando era necesario vigilar a los hombres que él contrataba para las peligrosas faenas de la cacería.

Algún tiempo después el desertor, ahora rico, vió penetrar una tarde en su negocio a dos hombres zapa-rrastreros que le hicieron señas amistosas. Los reconoció con dificultad. Eran dos de aquellos compañeros que tan audazmente se habían batido con los lobos en las roquerías del sur de la Tierra del Fuego. ¿Qué habían hecho de su dinero? ¿Cómo es que se encontraban en ese miserable estado de pobreza y abandono? Se encogieron de hombros guiñando los ojos, con una mezcla de malicia y de resignación. Las muestras estaban a la vista. Se lo habían bebido y, probablemente, jugado todo, sin importarles nada el mañana. Daban por bien empleados sus sacrificios en las soledades si podían obtener unas cuantas pieles, las cuales, una vez llegadas a Punta Arenas, cambiaban por algunos pesos que se bebían alegremente. Como buenos nativos eran imprevisores y derrochadores...

Así comenzó la fortuna del desertor y así comenzó la de muchos de esos pionners de la riqueza magallánica. Unos fueron marinos de buques mercantes, coci-

neros que instalaron un pequeño hotel o un bar; otros llegaron sencillamente a enfrentarse con la naturaleza áspera e inclemente. Algunos desembarcaron para ejercer los más humildes menesteres: herreros, carpinteros o remeros. Luego, aburridos de la pequeña ciudad se echaban a la pampa a cazar guanacos o avestruces y en seguida, comerciaban las pieles y las plumas. Pero en todos ellos palpitaba la energía dominadora, la voluntad indomable de vencer. Eran sobrios, económicos y avaros. Juntaban sus pesos con minuciosa perseverancia y no derrochaban lo que tantos sacrificios les había costado reunir.

La mezcla de razas

El sedimento primitivo de la sociedad embrionaria de Punta Arenas se formó entre los elementos más disímiles de la colonización; algunos años después de la fundación de la colonia penal. Había ingleses, portugueses, austriacos, alemanes, italianos, yugoeslavos, españoles, entre los loberos y cazadores de guanacos y nutrias. Fué la primera ráfaga inmigratoria que estableció las bases del formidable crecimiento posterior de la colonia. Junto a ellos estaban los chilotes que arribaron desde sus islas atraídos por el espejuelo de la riqueza. Estaban también los penados de la colonia que escapaban por falta de vigilancia o por la benevolencia de los gobernadores que les dejaban huir a fin de que rehicieran su vida por el sacrificio y la tenacidad. También acudían desde Santa Cruz o de la

Patagonia algunos gauchos matreros, perseguidos de la justicia argentina que saltaban las fronteras en aquellas soledades que nadie controlaba. Hombres de todas las razas y de todos los instintos se reunían allí, en el último confín de la tierra, en el cruce más formidable, entre dos océanos, lejos de toda autoridad, al margen de toda sospecha, libres y dueños de su voluntad. El ancho rumor se dejaba oír hasta Buenos Aires y Montevideo y alcanzaba a los países de Europa.

La ciudad crecía. Los barcos de todas las matrículas del mundo que cruzaban las aguas del Estrecho, recalaban en el puerto. El comercio adquiría poco a poco un ancho volumen. Se abrían nuevas casas comerciales. Se establecían colonias en los terrenos cercanos a los bosques que rodeaban la ciudad. Se fundaba el primer banco y, por supuesto, no era nacional sino inglés. De las capitales del Atlántico llegaban a instalarse muchas mujeres atraídas también por la facilidad con que se levantaban fortunas. Por las noches, en el vano negro de la extensión edificada, solían verse ya los faroles verdes, anunciadores de la vida alegre. El viento los balanceaba y su lumbre parecía un guiño llamativo. Los buscadores de oro—se habían descubierto ya los placeres auríferos de Cabo de las Vírgenes, San Sebastián, Sloguet e Islas Australes—llegaban con sus bolsillos repletos de pepas de oro. Las cambiaban por licores o las jugaban en los sitios ocultos o bien pagaban con ellas algunos minutos de placer. En todas partes había un estero o un riachuelo que arrastraba

granos de oro. En el río de las Minas, los hombres pasaban día y noche inclinados sobre la corriente, vaciando y sacudiendo el agua. Una mujer al matar una gallina, había descubierto en el buche una pepa de oro de gran tamaño. Este descubrimiento había enloquecido a los habitantes y todos se entregaban a la tarea de buscar pepas parecidas.

Se había formado allí la encrucijada de las razas y la base del ímpetu agresivo de las grandes empresas explotadoras que deberían establecerse más tarde, aprovechando la liberalidad del Estado y la riqueza de las inmensas extensiones aptas para la crianza del ganado. Pero quien examine los índices de la vida en aquellas regiones, y repase las listas de los nombres que se establecieron allí, sorteando las más duras eventualidades, no encontrará el nombre chileno sino por excepción. El nativo, como le llaman los extranjeros, prefirió los menesteres secundarios más difíciles y arriesgados de la caza individual o de la empresa personal en aventuras heroicas que denotaban el temple vigoroso de la raza, y no la previsión y el calculado propósito de forjarse una fortuna, siendo dueños o directores de vastas empresas.

Si aquel desertor de que hemos hecho mención, pudo fundar una gran casa comercial, iniciada en un sórdido galpón de madera, y llegar a obtener con el tiempo, muy corto, por lo demás, una gran fortuna, ello se debió a esas condiciones afirmativas de la vida, de que nunca dió muestras el chileno derrochador y amigo de «fantasear» proyectos que nunca serán realidades. En

el extranjero que acudía alucinado por el miraje de la riqueza se confundían los elementos esenciales de razas destinadas a vencer en esas contiendas a despecho de la ruda y porfiada violencia del clima. Eran sobrios, calculadores, incansables para el sacrificio. Mientras en bahía Porvenir, por ejemplo, los chilenos buscadores de oro arrojaban con desprecio sobre el mesón de las cantinas los saquitos repletos de pepas de oro que habían reunido en largos meses de soledad, en la orilla de los ríos, inclinados horas de horas sobre la corriente, moviendo la «chayas» y sacudiendo la arena, y se bebían hasta embriagarse el producto de sus afanes, el extranjero pasaba de largo frente a los figones en cuyas puertas, las prostitutas les hacían señas llamándolos a detenerse. Seguían hasta el muelle, embarcaban en los destartalados cutters y se iban a Punta Arenas, en donde les esperaba su mujer que cuidaba del hotel del cual eran dueños o del pepueño bar o restaurant que también frecuentaban los mismos nativos...

En la lucha por la vida no hay más que energía y astucia. Pero si estas cualidades pueden tenerlas, a su vez, los hombres de todas las clases y categorías sociales, los más severos consigo mismo, son los que acaban por triunfar de las debilidades que les acechan. La formación de la fortuna en la región magallánica es quizás el más dramático e impresionante de los capítulos de historia que se pueden ofrecer a los hombres de estas generaciones. Punta Arenas vió alzarse hombres

extraordinarios, capacidades humanas incultivadas, pero de una viva y poderosa inteligencia.

Rodeados de un paisaje de dramática potencia, en medio de una naturaleza cruzada de huracanes o encendida por un sol limpio y friolento, esos hombres se irguieron en ocasiones, con terrible crueldad, para acallar quizás, la propia desesperación que les infundía la soledad, sigilosa y poblada de monstruos. La soledad irrita y entorpece. Cuando se vaga días enteros a través de pedreríos yermos o de planicies musgosas, a la orilla de cadenas de cerros nevados y sin encontrar alma viviente, ni aun la sombra de una bestia, ni siquiera el canto plácido de una ave, se termina por llorar con desesperación o por burlarse del espanto encogido en el corazón. El mar que es en este caso una imagen humana, especialmente en lo que se relaciona con aquellos aventureros, ondula y estalla en rompientes albas que se descargan sobre la ribera abrupta. Su jadeo monótono y persistente como una queja colérica rebota en el alma vagabunda cuyo destino no es otro que el de alimentarse en sus propias fuentes inexhaustas. El hombre llega al fin a sentirse dueño y señor absoluto de las regiones que recorre.

Por aquellos años, las leyes no tenían acción alguna y la autoridad apenas si lograba hacerse oír, cuando los abusos y las violencias habían cumplido ya con creces su trayectoria temible. Nadie podía exigir a esos seres errantes que buscaban la riqueza y un sitio propicio donde guarecerse y luchar con éxito, que cui-

darán la tierra que pisaban o no molestarán a los habitantes que poblaban esas zonas inhospitalarias. Ellos sabían que había que dar saltos sobre los abismos para no resbalar y quedar aprisionados entre las mandíbulas de las rocas. Tampoco era posible contenerlos en sus ímpetus, puesto que cualquiera vacilación les habría costado la vida. Estaban rodeados de peligros. La resaca de las grandes ciudades había arrojado en las costas magallánicas, gérmenes insidiosos de rebelión. Los barcos venidos de otras tierras, dejaban en la noche, sin saberse, sino mucho tiempo más tarde, seres tenebrosos o torcidos que acudían allí a labrarse una fortuna a costa de los que sufrían y padecían por encontrarla. Cada cual debía vigilar sus ganancias, con el arma al brazo. Si los arrecifes tumbaban desde debajo del agua de los canales a los barcos, también en los páramos o en las estepas, en los ríos o en los matorrales de la pampa se ocultaban los peligros y las emboscadas.

El viento provocaba a veces incendios gigantescos en la ciudad o en los bosques vecinos. En una hora se podía perder lo que se había acumulado pacientemente a lo largo de muchos meses de esfuerzo. Las chozas se deshacían en las llamas, los caminos de escape se obstruían con la rápida invasión de las lenguas de fuego y entre ellas se retorcián enseres, bestias, hombres y casas.

Los buscadores de oro apenas dormían, vigilando bajo las carpas de lona, en medio de las yermas soledades, el rico metal que habían logrado reunir y que en pequeños envoltorios se ataban al pecho, con un

resistente bramante. Así creían evadir el robo, de compañeros menos afortunados o más astutos. Algunos huían. Salían de la tienda, a favor de lo obscuro y arrastrándose como alimañas ganaban el páramo helado y corrían a través de la soledad hasta que caían en un pozo, bajo la nieve, tragados como por una boca infernal. Allí quedaba el cuerpo petrificado, que las ventiscas iban apisonando lentamente. En el pecho colgaba inútil el saquito de oro. La tierra recuperaba de nuevo su tesoro, en el impasible y glacial silencio de las noches fueguinas.

El elemento humano debía fatalmente endurecerse en esas zonas desvinculadas de la capital o de todo centro poblado. Las condiciones para el trabajo eran distintas de las que regían en otras regiones del territorio. La responsabilidad que crea la comunidad, estaba allí aflojada por el rudo esfuerzo que estaban obligados todos a desarrollar para no perecer. La zarpa asomaba así en muchos hombres. La fiera se despertaba en su cárcel obscura, acechaba con sus ojos inyectados de sangre, toda maniobra débil del adversario. Popper y sus hombres defendieron a tiro limpio las extensiones del Páramo en San Sebastián en las cuales se habían descubrier to grandes mantos auríferos. Los vagabundos que reco rrían las tierras buscando «placeres», iban a dar agotados frente a las tierras de promisión que el terrible rumano vigilaba y defendía con la indomable energía de que dió tantas y tan decisivas muestras en los días en que fué el amo absoluto de aquellas regiones.

(Continuará)